



Barcelona: morir en libertad

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Se esperaba. Los que conocemos esta ciudad por haber nacido o por residir en ella, lo esperábamos. Iba a ser una manifestación multitudinaria, y lo ha sido. Barcelona salió a la calle, desbordó el Paseo de Gracia, llenó las calles laterales y colmó a rebosar la Plaza de Cataluña.

¿Quinientas mil personas? ¿Setecientas cincuenta mil? No importan las cifras. Lo que si importa es la seriedad, el silencio, la actitud de rechazo a la violencia que se podía contemplar en el rostro de mujeres y hombres de todas las edades. Lo que si importa es la práctica inexistencia de pancartas, banderas y banderías.

La seriedad y el silencio eran respeto hacia las víctimas, respuesta a los gritos de pequeños grupos de extrema derecha que no pudieron siquiera ser percibidos por la muchedumbre. El rechazo a la violencia era la congregación pacífica, triste pero no crispada, herida pero no quejumbrosa. Y la casi nula existencia de pancartas y banderas, pues fueron desapareciendo a medida que la gran marcha avanzaba, significaba el olvido en ese acto

de partidismos y diferencias frente a un ataque brutal a la libertad.

Muchas reflexiones pueden sacarse del atentado perpetrado por ETA y del rechazo al mismo de los barceloneses. La serenidad y la calma son mejores armas que las armas de fuego. No se debe pedir la reinstauración de la pena de muerte. No se debe aceptar que alguien convierta en antivasquismo los actos criminales de una partida de fanáticos, ni las actitudes de los votantes a un grupo parlamentario que excusa el fanatismo con la mayoría de los ciudadanos de Euskadi.

No debe hablarse de ETA como de un grupo con fobia asesina, porque no es verdad: son fríos calculadores de una estrategia cuyo fin es enloquecer o demenciar al resto de los vascos y a todos los ciudadanos del Estado. Hitler no era un loco ni un enfermo mental, como no lo fueron tampoco Stalin, Mussolini, Franco, Perón o Mac Carthy, por poner algunos ejemplos notorios, no demasiado alejados de nuestros días; pero todos ellos produjeron, además de millones de víctimas, millones de seres

enloquecidos por un manipulado fanatismo nacionalista, por una mística de la diferenciación, por un odio hacia un enemigo que, si no existía, había que inventar o que crear...

La libertad no es sólo una palabra. La libertad se siente, se sirve, se respira. La libertad se mide en grados, igual que la temperatura, pero al revés: más grado de libertad, mejor salud del cuerpo social. La libertad es una tendencia, y la libertad total una utopía, y por eso hay que tender hacia ella, cuidarla, no dejar que se pierda contestando a la violencia con la violencia. Solamente en una situación de democracia, con todos los riesgos que comporta, puede crecer esta maravillosa y delicada flor.

Y como última reflexión, una que atañe a todos los que amamos la libertad: aunque en su nombre es fácil que algunas gentes convenzan a otras de que es lícito matar, de que se puede y se debe matar, sólo oponerles que es siempre preferible, en cualquier situación y momento, morir por la libertad. Morir por la libertad como lo hacen los inocentes, los valerosos, los que mueven el mundo.